Actividades

Lectura: *Lo imaginario*

La actividad consiste en una lectura y comentario del texto propuesto en el apartado **“A fondo”**.

Sartre, J. P. (1968). *Lo imaginario. Psicología fenomenológica de la imaginación.* (pp. 224-225). Buenos Aires: Losada.

Accede al fragmento a través del aula virtual o desde la siguiente dirección web:
http://www.catedras.fsoc.uba.ar/decarli/textos/Sartre.htm

Tras su lectura, comenta críticamente y opina acerca de las reflexiones que realiza Sartre en torno al tema en cuestión. Documenta posibles ideas buscando opiniones de otros filósofos.

El trabajo consistirá en una presentación en un formato libre (PowerPoint, Prezi, Popplet, etc.) cuyo enlace y texto se enviará además como documento Word.

Extensión máxima: 2 páginas. Fuente: Georgia 11. Interlineado: 1,5

Objetivos: profundizar en las reflexiones acerca de la música como arte que se desarrolla en el tiempo y la relación entre la interpretación y el objeto musical.

Criterios de evaluación: se valorará la corrección en la ortografía y en la expresión y la relevancia, originalidad y documentación de las ideas.

Nota para el profesor: Comienzo este artículo disculpándome por haber excedido la extensión que se me pedía. Me ha sido imposible sintetizar más mis pensamientos. Sufría un poco borrando más. Entiendo que se me debe restar puntuación por ello a la hora de evalúar esta práctica. Si mi error resulta en la descalificación de la práctica, lo asumo como justo y aprenderé de ello. En lo sucesivo intentaré que ésto no vuelva a ocurrir.

El arte de observar. Sobre la percepción en el arte.

La música es percibida por el oyente como una analogía (Sartre, Jean Paul, De lo imaginario, 1940), que depende de determinadas circunstancias para reproducir algo etéreo, que pertenece al instante en el que nos sumergimos en ella, entregándonos a una determinada ejecución de una sinfonía, por poner un ejemplo, o a la contemplación de un cuadro. Pero el esfuerzo del espectador como imaginante deja en evidencia el hecho de que la obra de arte en sí misma es una entelequia, una suerte de abstracción que no existe en el mundo real, pero sí puede ser simulada tal y como fue imaginada por el autor. La representación de una obra artística en cualquier de sus formas, por tanto, completa para mí su sentido y cierra el círculo que le da una razón para existir, cuando es percibida por el oyente y estimula sensaciones en éste. Aún así, resulta del todo evidente que una obra tocada magnificamente por un cuarteto de cuerda, tiene la capacidad de evocar un abanico insondable de sensaciones, pero éstas no tienen porque ser, y seguramente no lo sean, las que tuvo su creador al sentirla por primera vez. Ésa es la obra real.

De alguna manera es como si el intérprete se limitara humildemente a ir a buscar al mundo de las ideas de Platón, una obra eterna, para mostrárnosla de la manera en la que él sea capaz. Y esa obra, esa inmersión, se produce y levanta por arte de magia un muro entre el espectador y su otro mundo real. Éste abandona sus problemas, aunque ésto suponga cambiarlos por otros. Como espectadores, nos vemos tentados una y otra vez a sumergirnos en este mundo, aunque no sea para experimentar belleza. Sólo por el placer de sentirnos dentro de él. ¿Por qué, si no, recurrimos constantemente a recrearnos en obras que en ocasiones pueden ser dramáticas? Ésto no se debe a ningún deseo de sentir tristeza. Se debe al deseo de contemplar. De formar parte por un instante de ese círculo en apariencia perfecto que se cierra cuando una obra encuentra a un oyente que le da una determinada



significación. Porque lo a priori inexplicable de una obra de arte (y quizás sea inexplicable porque en este punto reside el concepto mismo de qué es una obra de arte y qué no), es que ésta resulta diferente según la percepción de cada oyente, ya que es interpretada en función de multitud de factores cognitivo-psicológicos, sociales y de índole meramente personal, ya que uno es uno y sus circunstancias, como nos sugería José Ortega y Gasset, en su libro Meditaciones del Quijote, ya en 1914. En la interpretación del arte influyen multitud de factores que vienen a componer nuestra perspectiva, nuestra personalidad y nuestra propia visión del mundo. El ambiente social de clase y la época por tanto marcarán, ya no cómo una persona percibe el arte, si no incluso, si algo es considerado arte por dicho individuo. Al mismo tiempo, aquéllo que culturalmente es aprendido como arte, se aprehende como vínculo de unión entre un determinado grupo de personas, conformando parte de las distintas identidades colectivas del sujeto. Éste es el caso de la música popular y de la música contemporánea, que consigue lazos culturales entre gente que no se conoce en absoluto; siendo un claro ejemplo el de las tribus urbanas, en gran medida, vinculadas a determinados tipos de música como el rock, el punk o el hiphop.

Ante la perspectiva del espectador en el arte, nos encontramos con dos paradojas: la primera es la *"Paradoja de la tragedia"*. El ser humano, como comentaba anteriormente recurre mecanicamente a exponerse a obras que no evocan necesariamente sensaciones que buscaría en su vida real, sólo por el mero hecho de la sensación inmersiva que a una persona sensible le produce la exposición a una determinada obra de arte. Otra explicación; sería la catarsis, del griego *kátharsis*; purificación (Aristóteles, Poética de Aristóteles; escrito en un período inconcreto entre la fundación de su Academia en Atenas en el año 335 a. C. y su partida de la ciudad en el 323 a. C).

La segunda paradoja que nos encontramos en cuanto a la percepción del arte, es la *"Paradoja de la ficción"*. En realidad ambas están ampliamente vinculadas. Éstas son cuestiones filosóficas que el hombre se ha preguntado desde hace siglos. ¿Por qué el ser humano es capaz de sentir emociones a través de algo que se sabe de antemano que no es real?

La teoría de Kendal Walton, con la que yo coincido también, es que la intensidad de estas simulaciones que una obra despierta en nuestro cerebro, son menores a las que la misma situación produciría en caso de tratarse de un estímulo real. Pero ésto no deja de hacerlo interesante.



"There are two main questions asked about our emotional responses to pure music. The first is analogous to the 'paradox of fiction' (...) the problem that motivates it, namely, the conceptual tension between the nature of music and the nature of the emotions we feel in response to it. To elaborate, there is some consensus that emotions are cognitive, in the sense that they take intentional objects – they are *about* things – and that the nature of a given emotion's intentional object is constrained. For instance, in order to feel *fear*, one must believe that there is something (the intentional object) that is *threatening*. When one listens to a sad piece of music, however, one knows there is nothing literally feeling an emotion of sadness, and thus it is puzzling that one should be made sad by the experience" (Kania, Andrew, "The Philosophy of Music", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*(Spring 2014 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL = <http://plato.stanford.edu/archives/spr2014/entries/music/>).

La situación de abstracción o inmersión en la obra como individuo imaginante, puede ser por tanto, placentera; porque consiste al fin y al cabo en viajar a través de sensaciones momentáneamente; pero percibiéndolas sabedores de la ficción que se representa, sin el dolor que la sensación evocada podría causar en caso de tratarse de una sensación que proviniese del mundo real.

Ante una obra de arte, ya sea una ejecución de una pieza musical o la exposición de una obra pictórica, escultórica, o de cualquier otro índole (parte material y visible del concepto artístico en sí), el espectador por tanto alcanza lo que da en llamar "actitud imaginante" (Sartre, J.P., De lo imaginario, 1940). Para mí aquí, reside la diferencia entre ver y mirar, oír o escuchar. La pieza musical, es, pues, eterna, siempre que haya personas que la frecuenten.

No me resulta posible, sin embargo, coincidir con Sartre cuando dice en el artículo mencionado que lo real no puede ser hermoso. ¿Lo real en ocasiones no puede ser observado como hermoso por una de sus partes? Es plausible. Pero acaso, el ser humano, ¿no conforma una carga genética en constante evolución, como si de un organismo multicelular se tratase? Acaso un ser humano sano y ajeno a la sociedad, ¿no preferiría evitar el daño al extraño, como mero instinto de supervivencia? ¿Acaso no hay un rastro de la *Crítica a la razón pura* de Immanuel Kant en una persona feliz y ajena a la miseria, y sana mentalmente, en cuanto a que no haría a otro ser, aquéllo que no querría que éste le hiciera a él? Yo creo que sí. Pero sólo he vivido una vez, y por muchos casos que observe, y por mucho que me cautive mirar, y especialmente mirar al ser humano, necesitaría cien vidas para experimentar el suficiente número de casos que



muevan estas reflexiones del ámbito de las creencias al de las terías mínimamente contrastadas.

Sí estoy convencido en mi corta vida de algunas cosas que he percibido.

Dice Sartre en el artículo anteriormente referido: *"...una actitud estética ante la vida es confundir estos dos mundos"* (el imaginario y el real). Dice también: *"la contemplación estética es un sueño provocado, y el paso a lo real es un auténtico despertar"*. Las palabras son demasiado flexibles. Son como una obra de arte en sí misma. Cada lector las va a interpretar de una manera completamente diferente. Pero, estando de acuerdo con que hay seres humanos que habitan gran parte de su vida en una sucesión de lugares comunes, vácuos, y fundamentados en razones estéticas que adoptan del exterior, y de los medios principalmente, ¿acaso no es cierto también absolutamente lo contrario? ¿Acaso en los sesenta la música rock no levanto un muro de valores diferentes a los de la generación anterior?, ¿acaso no ocurre que *"la música y sus asociaciones varían sustancialmente de un lugar a otro (...) funcionan como un símbolo de identidad nacional o regional"*? (Cook, N, De Madonna al canto gregoriano, 2005). ¿Acaso la vida inteligente no necesita como elemento fundamental de higiene mental y de conformación de la personalidad individual e identidad colectiva, como parte de una reinventada pirámide de las necesidades de Maslow, el arte para acogerse a él y no estallar? ¿Ahora mismo cuántas personas están escuchando a Mozart, Beethoven, The Beatles? La respuesta es miles. A lo largo del día millones. La humanidad se encuentra sumergida constantemente en las obras que crea, desde el primer momento en el que éstas nacen como idea. Y si una obra nace siendo esculpida en un estudio de música casero, en un instante, y es exactamente igual la idea primigenia, al resultado final de grabación, porque sencillamente el concepto del artista es dejar que la obra tome forma como si estuviese esculpiendo barro en un torno con ánimo de obtener una obra abstracta que simplemente comunique sensaciones indeterminadas? Mi conclusión es que ya no se puede definir con palabras la diferencia en la relación término imagen (obra según fue pensada, eterna; etérea) y término real, ejecución, reproducción, interpretación (lo que Jean Paul Sartre considera una analogía). No en todas las ocasiones. No desde las palabras, que también son una forma de expresión de sensaciones, emociones y realidades. Quizás desde la música. Desde la poesía. Desde la propia contradicción del habla se pueda expresar lo místico, como planteaba el gran filósofo Ludwig Wittgestein en su obra póstuma, (en contraposición a lo que planteaba en su obra en vida: *"el lenguaje es el límite de nuestro mundo"; Tractatus logico-philosophicus, 1921,)*. En su obra póstuma, sin embargo, planteaba lo

contrario: la poesía sirve para ampliar nuestro mundo. Para tirar de él hasta que se rompa. Para mí, de esa rotura nacen puertas para otras personas. Nuevos estilos o maneras de interpretar o expresar el arte.

Pero la realidad es hermosa. No quiero estar de acuerdo con Sartre. Es hermosa, aún cuando sea horrible, porque cada uno de nosotros es una gota. Es natural que éstas choquen contra las rocas, o se evaporen en el camino hacia su metaobjetivo natural y ajeno a ellas que es el mar, pero tarde o temprano estas gotas se evaporarán. Y si viéramos como fluye el río desde una perspectiva superior que nos es inaccesible, veríamos que su transcurso es hermoso independientemente de que estar vivo significa en algún momento sufrimiento. Como le ocurre al protagonista del relato de Borges *"La escritura de Dios"*.

Al contrario de lo que nos dicen en la Universidad, la música sí es para mí un lenguaje universal. Es el lenguaje de la humanidad. Tú quizás no entiendas nada de suahili. Quizás percibas el tono con el que se te habla. Pero sin embargo la música, seas estas sensaciones las que sean, es más que probable que evoque en ti algo. Porque la finalidad de la música simplemente es evocar. No es descodificar un lenguaje complejo con un término imagen y otro real (lapiz, como conjunto fonemático aleatorio, y lápiz como elemento real). La arbitrariedad del signo de Martinet, no sirve aquí, porque como decía Sartre la obra musical es en sí un análogon, por tanto solo pretende evocar. El otro día fui invitado por unos amigos que daban un concierto de música noise. Para mí era ruído sin ritmo, melodía, ni armonía. Al salir me preguntaron qué opinaba. Les dije que no lo había entendido. Uno de ellos me dijo que no había nada que entender. Que sólo se expresaban. Le dije a mi buen amigo: entonces ten por seguro que me ha horripilado.

Su respuesta fue inmediata. Se río estruendorosamente y me dijo: *"entonces te ha transmitido. Ha cumplido su función"*.

La música es uno de los lenguajes de la humanidad. Pero a cada persona le transmite una cosa. Una caricia para alguien profundamente traumatizado puede ser peor que un puñetazo en la cara.

Alexandre Alonso Rodríguez